

PLÁTICA XVIII.

DE LA ORACION LLAMADA ANGELUS DOMINI.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

(Joann. i, 14.)

VED ahí, hermanos míos, el cumplimiento de las profecías, la verdad de las figuras, el efecto de las promesas, el fin de la ley, la apertura de la gracia, el Verbo hecho hombre para salvar á los hombres. En todos los otros misterios vemos brillar algunas perfecciones particulares de Dios. La justicia se manifiesta en los padecimientos de su Hijo; el poder resplandece en su resurreccion; su gloria en su vuelta al cielo y en su Ascension triunfante, con la que terminó su carrera laboriosa: pero en su Encarnacion el discípulo amado no admira sino su amor (Joann. III, 16): *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Amor que, encerrado en el seno de Dios desde la eternidad, se ha difundido en el exterior desde el principio del mundo en la creacion, y se ha agotado en el misterio de la encarnacion del Verbo enviado para repararlo.

No esperéis, no, hermanos míos, que yo os descubra aquí prodigios que son superiores tanto á mis expresiones como á mis ideas: esta union de Dios con el hombre, la cualidad de virgen junto con la de madre en María, esa alianza del espíritu humano celoso de su libertad con la fe que lo tiene cautivo, como y tambien la de la eternidad y del tiempo. No esperéis, repito, que yo os concilie esa extrema oposicion del ser y de la nada, de la fuerza y de la flaqueza, de la cualidad de Hijo de Dios y de la de esclavo: estos grandes objetos, sobre los cuales se ha extraviado siempre la curiosidad de los hombres, serian tal vez el escollo de nuestra débil razon. Contentémonos pues con admirar esas maravillas, y exclamemos con san

Bernardo: *Amor est qui hæc operatur*, es el amor el que hace todo esto. Contentémonos con honrar, por medio de nuestros obsequios y de nuestro justo agradecimiento, un misterio, al cual somos deudores de los mayores bienes que podamos jamás recibir. Esto es lo que la Iglesia espera de nosotros, y á lo que ha querido llevarnos instituyendo esta oracion especialmente consagrada á honrar el misterio de la Encarnacion. Vosotros comprendéis fácilmente que quiero hablar del *Angelus*.

Pero como entre los cristianos de nuestros dias hay muchos que, ó descuidan esta santa práctica de devocion, y son sordos á la voz de la Iglesia que los llama á ella tres veces al dia, ó que por lo menos la rezan sin atencion, y sin ninguna reflexion al grande misterio, cuya memoria debe aquella recordarnos, es conveniente el que os haga conocer su grandeza y excelencia, el fin y los efectos, para despertar los sentimientos de vuestra fe, de vuestra piedad y de vuestro reconocimiento.

Vemos en la historia eclesiástica, que el uso de rezar el *Angelus* es muy antiguo en la Iglesia. Al principio los fieles rezaban tres veces la oracion del *Padre nuestro* y la del *Ave Maria*, al principio, al medio y al fin del dia; y los papas mismos, para autorizar esta devocion, concedieron indulgencias á aquellos que la practicaban fielmente. Como la intencion de los fieles era la de honrar con esta práctica el misterio del Verbo encarnado en el seno de la mas santa de las vírgenes, se han añadido á las *Ave Marias*, que se rezaban antes, las palabras con las cuales el Angel anunció á María el misterio de la Encarnacion: *Angelus Domini nuntiavit Mariæ, et concepit de Spiritu Sancto*: las otras, con las cuales dió ella su consentimiento, diciendo que ella era la esclava del Señor, y que se cumpliera en ella segun la palabra del ángel: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*: y en fin, las del apóstol san Juan que expresan su cumplimiento: *Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. La Iglesia ha añadido una oracion, con la cual suplicamos al Padre de las misericordias, que infunda su gracia en nuestros corazones, á fin de que, habiendo conocido el misterio de la encarnacion de su Hijo por el ministerio del ángel que fué enviado para anunciarlo á María, podamos por los méritos de su pasion y de su cruz ser conducidos á la gloria de su resurreccion.

Se introdujo el uso de decir el *Angelus* por la mañana, al medio día y por la noche por cuatro fines principales: 1.º para hacernos consagrar á la oracion el principio, el medio y el fin del día.

Desde luego, si yo quisiera emprender el probaros aqui la necesidad de acudir á la oracion al principio, al medio y al fin de cada día, ¿podria fundarla mejor que sobre todas las necesidades que nos agobian continuamente y á cada instante? Si pudiéramos un solo momento bastarnos á nosotros mismos, podríamos dispensarnos de orar con tanta frecuencia: ¿pero quién de nosotros seria tan presuntuoso y tan temerario para creerse un solo instante sin necesidad? Cada uno de nosotros las siente mas de lo que puede expresar, y todavía las hay mas de lo que puede sentir. Atacados por todas partes, tanto en el interior como en el exterior, estamos rodeados de continuos peligros que no nos dejan jamás en seguridad. Nuestras pasiones fomentan en nuestro corazon una guerra intestina é irreconciliable: apenas hemos vencido un vicio cuando otro se presenta; y derribado este, se levantan una multitud de otros que nos acosan con nuevos combates. El enemigo de la salvacion, atento para perdernos, no escasea nada para lograr su fin. Y en vista de esto, ¿quién de nosotros podria dejar de convencerse de la necesidad que tenemos de orar, y de orar siempre? Nosotros lo vemos, nosotros lo sentimos; cada parte de nosotros mismos tiene sus flaquezas, cada objeto exterior sus tentaciones: y en estos penosos apuros ¿á dónde iríamos á parar, si del fondo de nuestra miseria no levantáramos sin cesar nuestros ojos y nuestras manos hácia el trono de la misericordia de Dios, y si no hiciéramos subir continuamente hácia él nuestros suspiros y nuestros gemidos?

2.º El *Angelus* fué instituido para dar gracias á Dios tres veces al día por el beneficio de la Encarnacion. ¿Quién hubiera pensado jamás, hermanos míos, que el Verbo divino debiese hacerse carne, bajar del seno de su Padre al seno de su criatura, reducirse en un espacio tan estrecho á pesar de su inmensidad, tomar en el tiempo nuestra naturaleza, experimentar todas las desgracias de nuestra pobreza para hacernos participantes de sus bienes, arrastrar las pesadas y humillantes cadenas de nuestra esclavitud para libranos y asegurar nuestra libertad? Y si un Dios ha hecho cosas tan admirables á favor de nosotros, ¿qué agradecimiento no debemos mostrarle? Gracias eternas sean pues dadas al Padre eterno, quien nos dió en la encarnacion de su único Hijo y en su persona todo lo que tiene de mas estimable. Gracias eternas sean rendidas al Verbo di-

vino, quien haciéndose lo que no era sin dejar de ser lo que era, tomó nuestros males tomando nuestra naturaleza. Gracias eternas sean dadas al Espíritu Santo, quien obra este inefable misterio en las castas entrañas de una Virgen, que llega á ser madre de un Dios sin perder su virginidad.

El tercer fin de la oracion del *Angelus* es rogar á Dios que nos haga llegar á la vida eterna por los méritos de su Hijo encarnado por nosotros. El hombre hecho á imágen de Dios habia sido colmado de las riquezas de la divinidad; pero la mancha del pecado habia echado á perder aquella hermosura original. Él estaba perdido sin remedio, y nada podia salvarle ni librarle de la mayor de las desdichas. ¿Qué será pues de él, hermanos míos? ¿Ejecutará Dios en él la sentencia que ha pronunciado contra el pecado? Tranquilizaos; el amor en Dios ha tomado el puesto de su enojo, por justo que fuera: él ha enviado el autor de la imágen para reformarla y volverle su lustre primitivo. Teniendo la forma de la naturaleza de Dios, se ha puesto bajo la forma de esclavo para romper nuestras cadenas, y ponernos en libertad devolviéndonos nuestros privilegios. Él mismo se ha entregado, dice el Apóstol (*Tit. II, 14*), para sacarnos de la esclavitud á que nos habia reducido el pecado. Así es, dice san Juan (*Joan. III, 16*), como Dios ha amado al mundo, hasta entregar su Hijo único, á fin de que todos los que creen en él, no perezcan, sino que obtengan la vida eterna.

Este amor de Dios con los hombres se manifestó especialmente en la manera con que debia obrarse la redencion: no se trataba de nada menos que de exponer su Hijo amado á los mas sangrientos oprobios, á los mas crueles tormentos: con la efusion de toda su sangre debia aplacar su justicia: esa justicia inflexible del Padre debia descargar contra él con la mayor severidad. Tal era el medio de que ha querido servirse para libertarnos. El Señor le habia hecho el encargo de que fuese una víctima de propiciacion; por manera que, aplicándose los méritos de su muerte, pudiésemos con una fe entera en este misterio oponernos al enojo de un Dios vengador (*Rom. III, 25*): *Quem proposuit Deus propitiationem per fidem in sanguine ipsius, ad ostensionem justitiæ suæ.*

Esta manera inefable de obrar nuestra redencion nos ha sido anunciada en una multitud de figuras del antiguo Testamento. La de José vendido por sus hermanos, y de Jonás echado al mar para sosegar la tempestad, son de las mas notables. El primero, siendo la salud de aquellos que le habian hecho traicion, representa á Je-

sucristo perseguido por los judíos, cuya libertad obtiene. José, encarcelado con dos criminales, predice la gracia del uno y el castigo del otro; y Jesucristo hizo otro tanto á los dos ladrones que habian crucificado á su lado. José es llamado por Faraon el Salvador del mundo: esta cualidad no convenia sino á Jesucristo, y de ninguna manera á José, si no es en figura.

Por lo que toca á Jonás, Jesucristo se aplicó á si mismo el suceso figurativo de este profeta (*Matth. xii, 39*): Jonás permaneció tres dias y tres noches en el vientre de un monstruo marino; el hijo del hombre debe permanecer otro tanto en el corazon de la tierra. Jonás es enviado por el Señor á Nínive para predicar allí la penitencia, y amenazar de su parte á aquella ciudad criminal: asi tambien Jesucristo es enviado al mundo por su Padre (*Luc. x, 30*) para anunciar el juicio final y la salud de los hombres. Jonás, confesándose culpable, quiere que le arrojen al mar, y al momento en que le precipitan, cesa la tempestad: y Jesucristo se ofrece á la muerte para librarnos del infierno que habíamos merecido, y nosotros obtenemos por este medio la vida eterna. Jonás, cayendo al medio de las olas, es engullido por un pez monstruoso, el cual le vomita sano y salvo sobre la playa despues de tres dias: Jesucristo cede al poder de la muerte que le pone en el sepulcro; pero al tercer dia él mismo se desprende, y resucita lleno de gloria.

A estas dos figuras podria yo añadir la de Isaac, á quien su padre Abraham iba á sacrificar, cuando fué detenido por un ángel, y puso entonces un carnero en lugar de la víctima. La inmolacion del cordero pascual, que debia ser sin mancha, figuraba tambien el sacrificio del Hijo de Dios. La figura de la serpiente de bronce no es menos expresiva. Moisés la hizo levantar en el desierto para curar, en aquellos que la miraban, las mordeduras de las serpientes ordinarias. Nosotros hemos sido mordidos por la serpiente infernal en la persona de nuestros primeros padres: ¿y quién sino un Dios Salvador elevado en cruz á la vista de todos los hombres ha podido curar nuestras heridas, y aplicar sobre la llaga causada por el pecado un aparato saludable? Él debia estar exento de crimen para obrar esta maravillosa curacion; pero pareció como si lo tuviese. Era una representacion del hombre pecador, del mismo modo que la serpiente de bronce no era mas que la imagen de las serpientes naturales. El mismo Salvador se hizo á sí mismo la aplicacion de esta figura (*Joan. iii, 14, 15*): «Así como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tambien debe ser elevado el

Hijo del hombre, á fin de que todos los que creen en él no perezcan, sino que obtengan la vida eterna.»

Asi es, hermanos míos, como nosotros hemos sido reformados y restablecidos en el número de los hijos de Dios: por estos medios admirables y por misterios incomprensibles de caridad tenemos tambien motivo de esperar la vida eterna por la gracia de aquel que nos la mereció con su Encarnacion; y para obtener esta gracia de gracias debemos rogarle todos los dias, y muchas veces al dia. Con estas miras la Iglesia ha instituido la devocion del *Angelus*, y nosotros debemos cumplir con ella con los sentimientos del mas vivo agradecimiento y del mas tierno amor, si queremos hacer esta oracion con utilidad, y reflexionar sobre lo que ella contiene.

El cuarto fin de la institucion de esta oracion es invocar la asistencia de la santísima Virgen como Madres de nuestro Redentor. La Sabiduría increada tomó en el seno de la santísima Virgen el cuerpo por el cual se hizo visible á los hombres. La Escritura nos representa de un solo golpe en las pocas palabras que nos dice, tanto la grandeza de esta Virgen incomparable, como la obligacion que tenemos de honrarla. Ella parió en el tiempo á Aquel á quien Dios engendra desde la eternidad. Ved ahí el fundamento de todas sus grandezas: de ella tomó el Hijo de Dios su carne, con el sacrificio de la cual nos reconcilió con su Padre; y tomó tambien la sangre, con la cual nos purificó para hacernos un pueblo agradable á sus ojos, y consagrado particularmente á su servicio, para que le pertenezcamos para siempre como un pueblo escogido y separado de todas las naciones que han desechado su ley santa. Esto es lo que debemos á Maria, este es el fundamento de las obligaciones que hemos contraido con ella, y de los honores que le rinde la Iglesia con una piedad tan religiosa. Porque por medio de ella la Sabiduría se ha trasladado dentro de la Iglesia para establecer en ella su morada hasta la consumacion de los siglos. Acudamos pues, hermanos míos, en todas nuestras necesidades á esta augusta Madre de nuestro Redentor: invoquémosla todos los dias de nuestra vida, y por su poderosa intercesion obtendremos todas las gracias y socorros que nos son necesarios para el tiempo y para la eternidad. AMEN.

